

La poza muerta

Nos advertían de no ir a la poza. - La destruyeron por completo - nos decían. Pero nosotros queríamos ir igual. Hay lugares que son como amigos: no los abandonas solo porque un suceso determinado los haya cambiado. Poseen un trozo íntimo de tu ser porque tú te has construido - aunque sea en una ínfima parte - gracias a ellos.

Dejábamos el coche bajo unos fresnos como hace años y buscábamos el camino a través de la maleza hasta que dábamos con el sendero que flanqueaba el riachuelo como una cinta poco visible. A veces había que escalar unas rocas o saltar entre dos piedras grandes. Necesitábamos estar muy atentos donde pisar así que al abrirse el bosque, el panorama nos sorprendió de golpe: dos monumentales pilares se elevaron hacia el cielo sosteniendo en el alto el puente de la autopista. No sé cómo no nos habíamos percatado del ruido antes. La cascada ya no existía. Detrás de los pilares la roca desnuda caía en un charco lleno de escombros, bloques de cemento y rocalla. Plásticos de todo tipo flotaban en los recodos de un agua muerto. El río afluente buscaba cansado diferentes caminos a través de la gravilla y la arena acumulada. No hablaba. Apenas podíamos distinguir algunas de las rocas enormes desde las cuales los niños habían saltado a las aguas profundas para bañarse con las truchas. El hormigón de la imponente obra de ingeniería reflectaba los rayos del sol de forma implacable. Imposible imaginarse que solíamos venir aquí para refugiarnos del calor entre los árboles umbrosos buscando el frescor del musgo y de los helechos y dejándonos embaucar por su especial magia.

Volvíamos por donde habíamos venido, sin hablar y cabizbajo; esta vez no porque el camino poco transitado se confundía con el bosque. Habíamos perdido un trozo de nosotros mismos. Una realidad física que nos había nutrido interiormente se había convertido en nada más que memoria inmaterial susceptible al olvido.

Somos conscientes de que la sociedad tal como está planteada necesita autopistas. Pero la nula intención de mitigar los daños de la actividad humana, la indiferencia absoluta frente a todo un ecosistema y la total falta de respeto

hacia sus habitantes escenificaban una violencia gratuita, una ignorancia brutal que nos llenaban de tristeza y vergüenza.

22.4.2018